

EL BLOC DEL GACETILLERO

JESÚS
FONSECA



El secreto de Encarnita Ortega

Su secreto fue la alegría. Hacer cada día lo que hay que hacer, cueste lo que cueste, para avivar el fuego de la vida. Y una total confianza en Dios. Por eso hizo tantas cosas de provecho. Se llamaba **Encarnita Ortega Pardo**. Dicen los que la conocieron que sabía crear convivencia como nadie e infundía serenidad a quien, por casualidad o por trabajo, la trataba de cerca. Que el gozo de vivir y, sobre todo, el entusiasmo y la gratitud, habitaban su corazón. No tuvo una vida aparentemente influyente. Pero influyó, desde la grandeza de lo cotidiano, en muchas vidas. Esta tarde se clausura su proceso diocesano de beatificación en el Arzobispado de Valladolid, la ciudad a la que llegó a finales de 1970 y en la que permanecería ya el resto de su vida, hasta su muerte, 25 años después. La guerra incivil la sorprendió en Teruel, uno de los escenarios más crueles y sangrientos de aquella carnicería fratricida. Pertenecía a una de esas familias corrientes y molientes -¿quién no conoce alguna?-, convencidas de que todo es sustancia de Dios. Capaces de dar testimonio de su fe con la mayor sencillez y naturalidad en la vida cotidiana. Motivo más que suficiente para que acabara en la cárcel junto a su padre, a su hermana y a una tía suya. Penalidad que afrontó con fortaleza. Nadie le escuchó jamás, cuando todo pasó, una palabra de rencor. Al contrario, convencida de que «quien no ha sufrido no sabe de nada», daba las gracias. «Las cuestras están hechas para ser vencidas», solía decir. **Encarnita Ortega** fue una señora estupenda. Guapísima, por cierto. Inteligente y culta. Una de esas mujeres, recias y abnegadas hasta la extenuación, que estuvieron junto a su fundador en los primeros años del Opus Dei. Y de las que el propio **San Josemaría** solía decir que eran la «espina dorsal» sobre la que se apoya toda la labor de tan cuestionada familia, hoy extendida por el mundo entero. Es impresionante hasta qué punto la verdad del tiempo va mostrando, con el paso de los años, como «aquel cura pelao», -«yo soy sólo un cura pelao», le escuché decir a **Escrivá de Balaguer**, en Madrid, a finales de 1974-, fue anticipativo. Se adelantó a su tiempo. Acertó plenamente en su mensaje de «amar al mundo apasionadamente». También, en defender a la mujer, en aquella época de feroz discriminación femenina. **Encarnita Ortega** y miles de mujeres como ella son la presencia viva de aquel «cura pelao». De aquel santazo. Aquí y ahora, siempre.